

Juan Villoro

Balón dividido





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan Villoro

Balón dividido

Textos de futbol

TIERRA DE NADIE

El 12 de junio de 2011 llegué al paralelo 38 para visitar la zona desmilitarizada que divide a Corea del Sur y Corea del Norte. La tierra de nadie es una franja donde crece la vegetación y prospera la fauna silvestre. A lo lejos, se distinguen las casetas de vigilancia de un mundo próximo y, al mismo tiempo, rigurosamente extraño. La cerca del lado sur ostenta papeletas con mensajes de paz y reunificación. Casi todas son colocadas ahí por alumnos de las escuelas. Escogí una al azar y le pedí a mi intérprete que la tradujera: «Quiero jugar fútbol con niños de Corea del Norte», decía el texto.

Recordé una socorrida expresión de los cronistas de fútbol: «balón dividido». Fue el primer impulso para escribir este libro. El placer elemental por el juego y el necesario vínculo entre los rivales habían llegado a la frontera más vigilada del mundo. Disputar por una pelota es una peculiar forma de estar unidos.

Balón dividido se publicó por primera vez en 2014. Gracias al favor de los lectores, ha tenido numerosas reimpressiones. Pero el tiempo pasa y las circunstancias cambian. Jugadores que estaban vivos han muerto, otros se han retirado, otros más han pasado a la noche del olvido. Las grandes jugadas entusiasman como fulgores instantáneos. Si tienen suficiente mérito, y si la memoria de la tribu las acompaña, se convierten con el tiempo en momentos históricos. Algunos, muy pocos, alcanzan el grado de leyendas.

Los más de diez años transcurridos desde la primera aparición de este libro han dado otro valor a sucesos narrados en la inmediatez, cuando el olor del pasto seguía fresco. A la distancia, conviene hacer algunos ajustes para actualizar el destino de los protagonistas, pero también para poner las cosas en su justa perspectiva. Ciertas pasiones se eclipsan y otras crecen con el tiempo.

Las hazañas que aquí se cuentan son inevitablemente provisionales. ¿Lionel Messi será recordado en cien años? ¿El mejor Barcelona de todos los tiempos seguirá siendo el mismo que comandó Guardiola? ¿La selección mexicana vencerá de una vez por todas sus complejos?

Lo único que sabemos del distraído porvenir es que suele ser caprichoso. He querido hacer una edición «definitiva» de *Balón dividido*, no con el imposible afán de fijar para siempre los acontecimientos, sino para que se recuerden mejor. El fútbol es un deporte de eternidades rápidas: inmortaliza a sus favoritos, pero sólo hasta el siguiente campeonato y, en ocasiones, hasta el

siguiente partido. Algunos aspectos de este libro serán corregidos por el tiempo, pero no tanto como lo fueron en la década pasada.

«Un estadio debe hervir; a favor o en contra, pero debe hervir», dijo alguien que rara vez se equivocó: Johan Cruyff. Las crónicas no reclaman multitudes, pero sí algunos lectores cómplices. Agradezco a quienes han mantenido vivo este libro. Con ellos en mente he escrito esta versión, que procura que lo inmediato resista de mejor manera el paso de los años.

Lo dicho: las jugadas que ocurren en la hierba pueden ser primero anecdóticas, luego históricas y finalmente legendarias. Quien las cuenta procura que duren lo más posible. Tal es el propósito de este libro.

La expresión «balón dividido» se refiere a un momento primordial del juego, cuando dos futbolistas tienen las mismas posibilidades de adueñarse de la pelota. Se trata, también, de una impecable definición de otra actividad: entre el autor y el lector hay un objeto mágico —un libro— que es de uno sin dejar de ser del otro.

Juan Villoro

24 de agosto de 2025

ONETTI, VENDEDOR DE ENTRADAS

En un tiempo en que los personajes literarios fumaban mucho, Juan Carlos Onetti reinventó el arte de respirar. La voz del escritor uruguayo tiene el ritmo de lo que debe ser dicho con suave firmeza; las verdades, siempre dolorosas, son amortiguadas por un tono cómplice y piadoso. Sus personajes se embarcan en proyectos sin futuro y amores contrariados; luchan por imponer una razón que sólo ellos conocen. Pierden en el mundo de los hechos, pero conservan la dignidad de quien supo oponerse a la evidencia.

Curiosamente, el supremo artífice de la devastación fue durante un tiempo un vendedor de ilusiones. El 10 de julio de 1937 escribe en una carta: «Novedades no hay, salvo que me han prometido emplearme como vendedor de entradas en el Estadio o cancha del Nacional de Fútbol; creo que el domingo ya entraré en funciones».

Hugo Verani dio a conocer en 2009 la correspondencia del autor de *La vida breve* con el pintor y crítico

de arte argentino Julio E. Payró, a quien dedicó dos veces *Tierra de nadie* (primero, se limitó a escribir el nombre del amigo; veinticuatro años después agregó: «Con reiterado ensañamiento»).

Onetti fue peón de albañil, pintor de paredes, portero de un edificio, vendedor de máquinas de sumar y neumáticos, hasta que pasó a las esforzadas tareas del periodismo (llegó a dormir en la sala de una redacción). Su trabajo más extraño fue el del Estadio Centenario.

¿Qué es un vendedor de entradas sino un promotor de la esperanza? Una magnífica ironía hizo que el puesto recayera en un inventor de derrotas.

En las *Cartas de un joven escritor*, el novelista recomienda ver Montevideo «desde el mástil del estadio»: «Frente a mí, el pueblo; encima mío, el orgulloso mástil donde flameara la insignia de la historia, las gloriosas tardes de 4 a 0, 4 a 2 y 3 a 1, la gloria entre aullidos, sombreros, botellas y naranjas» (alude al Mundial de 1930 y a la final en que Uruguay ganó 4-2 a Argentina).

En las cartas habla de su «absoluta falta de fe». Un rabioso escepticismo le permite decir: «Me está madurando una cínica indiferencia». Los escritores se han servido del fútbol de muy diversos modos (uno de ellos ha sido ignorarlo). En el caso de Onetti, el trabajo en la cancha le sirvió de irónico contrapeso emocional: «Me voy para el Stadium a fin de crearme una sensibilidad de masas, multitudinaria y unanímista». Nada más ajeno al autor de *El astillero* que lo unánime, pero siente esa

entusiasta tentación cuando «raja pal jurgo» (cuando «va al futbol»).

La correspondencia revela que en 1937 escribía una obra de teatro que se perdió: *La isla del señor Napoleón*. En forma típica, abordó al emperador en su desgracia, cuando ya sólo podía comandar reproches.

¿Qué clase de aficionado al futbol fue Onetti? En una carta dice: «Un personaje de mi libraco le hace la apología de una isla fantástica a una mujer triste. Ella lo escucha y luego le dice: “¿Pero todo eso es mentira, verdad?”. Él, desolado, asiente. La muchacha sonrío: “Pero no importa. De todos modos esa isla es un lugar encantador. ¿No le parece?”». Hay mentiras necesarias, falsedades que alivian. Seguramente Onetti vio los partidos de ese modo. César Luis Menotti coincide con él: «El futbol es el único sitio donde me gusta que me engañen».

En sus libros y en el Estadio Centenario Onetti permitió la entrada a un entorno que mejora por lo que creemos y mostró que la gloria es, a fin de cuentas, una causa modesta que ocurre «entre aullidos, sombreros, botellas y naranjas».

Declararse discípulo de Onetti es una forma absurda de vanidad: el maestro es único. Sin embargo, de tanto leerlo he concebido una ilusión menor. No lo veo como el entrenador que me revela mi posición en el equipo ni como el delantero estrella al que debo darle un pase. Su legado me llega de un modo más sencillo, como lo que fue por corto tiempo: un vendedor de entradas.

Los libros de Onetti me convencieron de que la ilusión de escribir es posible. Imagino que una tarde de sol me entrega un boleto en la taquilla, como un salvoconducto para pasar de los libros y al estadio. Lo hace con magnífico desgano, sin responsabilizarse de las consecuencias.

Este libro combina las pasiones de la literatura y el fútbol. No existiría sin los magos del gol, pero tampoco sin los maestros que me convencieron de un axioma: la realidad mejora por escrito.

«Entre aullidos, sombreros, botellas y naranjas», comienza el partido.